

LA CORTESÍA COMO SABER EN LA EDAD MEDIA

POR

JOSE ANTONIO MARAVALL

Quien haya frecuentado la lectura de textos literarios de la Edad Media —historiográficos, poéticos, novelescos— se habrá encontrado con un uso de la voz «curial» que no deja de presentar matices significativos muy peculiares. Los glosarios hacen equivalente esa voz a la de «cortés», y ello es cierto siempre que relacionemos esta última con la concepción medieval del saber, de manera que cortés y curial se nos aparezcan como calificaciones referidas a personas dotadas muy relevantemente de sabiduría. Desde la *Crónica pseudo-isidoriana* hasta numerosos textos de los siglos xv y xvi —y aun el xvii nos proporciona algunos ejemplos tardíos— se encuentra la palabra curial, empleada como elogio, bien de personajes virtuosos, bien de acciones singulares de éstos, en cuanto que en tales hechos se reconoce una emanación de la virtuosa calidad de la persona que los realiza (1); pero se trata de una virtud intelectual, que, como hábito que es toda virtud, requiere doctrina y uso, lo que solamente pueden alcanzar quienes han sido rectamente enseñados. En el mismo sentido se dice de alguien que es cortés. Y dando expresión justa a esta equivalencia, la *Glosa castellana al Regimiento de Príncipes* habla de lo que es «cortesía o curialidad», y dedica al tema uno de sus capítulos que, bajo tal título, lo que contiene es una exposición sobre la idea de nobleza (2), como condición personal que reclama, en quien la posee, haber sido bien adocotrinado. «El enseñamiento es seneficança (significado) de la cortesía», conforme se declara en una de las compilaciones didáctico-morales más representativas de la época de fines de siglo xiii (3).

Cortesía no es, según ello, una mera forma externa de comportamiento; ni siquiera predominan en la noción de la misma los elementos formales, sino que es el resultado de un cultivo interior, esto es, el modo de ser de aquel que ha aprendido el saber de la virtud. La

(1) Ver mi artículo «La formación de la conciencia estamental de los letrados», en donde recojo datos de este uso lingüístico. Publicado en *Revista de Estudios Políticos*, núm. 70, julio-agosto de 1953.

(2) Ed. de J. BENEYTO. Madrid, 1947; cap. XVIII de la parte tercera, libro II, la cita en vol. II, p. 322.

(3) *El libro de los cien capítulos*, ed. de AGAPITO REY. Indiana, Univ. Press, Bloomington, 1950; p. 26.

cortesía es un saber moral, práctico, un saber transfundido en virtud; por tanto, una sabiduría. «Conviene al ome que obre bien con lo que sabe—se dice en *El Caballero Zfar*—e non lo dexe perder, e asy con el saber puede ome ser cortes en sus dichos e en sus fechos» (4).

Se trata, ciertamente, de una concepción del saber propia de sociedades estáticas y tradicionales. Cortesía como un saber, del tipo de saber recibido, esto es, aprendido o tomado de un depósito tradicional, en que se conserva de generación en generación: un saber pragmático, referido principalmente a la conducta con los demás. Todo ello aproxima y hace similar ese concepto de cortesía al concepto de «adab» que se ha mantenido durante siglos en la cultura árabe, si bien parecen existir también diferencias relevantes.

Según los especialistas que se han ocupado en definir tal concepto, frente al de «ciencia» y, en términos más generales, frente al de «conocimiento», en el mundo europeo, «adab» es aquello con lo que el hombre de buena clase personal es educado, y se llama así porque forma a las personas en el modo de las acciones loables y prohíbe las acciones que pueden ser objeto de vituperio. «Adab» significa originariamente tanto como un tipo de la «Sunna», esto es, el conjunto de costumbres ancestrales, estimadas como paradigma de comportamiento, y de ahí pasó a designar la conducta misma que se atiene a ese modelo, según es considerada como producto de una buena formación. El concepto fué evolucionando, advierte Gabrieli, hasta convertirse en una noción semejante a la de «humanitas»: una manera de conducta, basada en una sabiduría práctica y social, una disposición del ánimo, apoyada en una disciplina intelectual (5).

Comportamiento ejemplar y excelencia del carácter o modo de ser se manifiestan, en tal caso, directa y esencialmente dependientes del estudio y del saber que se adquiere, en cuanto éstos van referidos a la educación para la vida. En los textos de la época clásica, sostiene Nallino, el «adab» comprende los saberes como un conjunto formativo: por tanto, todas las ciencias no religiosas y los ejercicios del cuerpo y habilidades que debían conocer las personas sabias y discretas, según la buena educación que se consideraba característica de los grupos distinguidos (6). Pero en este conjunto, el papel de los saberes en cuanto que de ellos derivan las formas cualitativas de un modo de obrar, lleva la parte principal. Bien que el concepto, como llevamos dicho, haya variado de una época a otra, sin embargo, dado que tales transfor-

(4) *El libro del caballero Zifar*, ed. de CH. PH WAGNER, Unif. of Michigan, 1929; p. 294.

(5) *Storia della letteratura araba*. Milán, 1951; p. 181.

(6) *La littérature arabe des origines a l'époque de la dynastie umayyade*. París, 1950; pp. 7-20.

maciones se han producido en todo caso dentro de estrechos límites, siempre ha abarcado aquél, según la interpretación de Grunbaum, dos aspectos: adquisición de conocimientos de un cierto género y conformidad con un código de conducta. Esos conocimientos se centran en lo que la tradición europea ha llamado «buenas letras», las cuales tienden a identificarse con el «adab» mismo; pero otros conocimientos han de ser tomados en cuenta también: la historia, la filosofía, el derecho, la aritmética y cuantas disciplinas contribuyen a pulir la figura del hombre cultivado. Se trata de un barniz que cubre al especialista y al hombre culto, con un predominante carácter literario y social, que tiende a absorber los contenidos específicos del «adab» y a convertir a éste en patrimonio del hombre de letras, de aquel que tiene por oficio la escritura y el libro, en cuyo menester resplandecen las calidades formales que esa versión tan literaturizada de la cultura puede proporcionar (7).

La erudición literaria, libresca, es una herencia de la antigüedad, como ha observado Curtius, con raíces en la Persia sasánida, y que incluyó tanto sobre árabes como sobre cristianos occidentales. De ahí que del campo de la cultura cristiana medieval sea propio incluso haberse acentuado la importancia de las letras y de los libros, como en ninguna otra zona cultural, para la consecución de ese saber práctico y, en conexión con él, para el logro de un comportamiento virtuoso. A los cristianos, los árabes los llaman en la Edad Media «los del libro», aludiendo a la decisiva importancia que para ellos tiene el libro de la Biblia. En ello se presagia ya el ulterior desarrollo que la cultura de libros iba a tener en la Europa cristiana (7 bis). Recordemos el consejo, con fines de doctrina moral, del *Pseudo Catón* (8):

Hijo mío lee muchos libros, otros los dictados...

Como los clérigos son, en un principio, los que más y mejor saben leer y los que andan entre libros, clerecía y saber se equiparan, sobre una misma significación, a la que se va a aproximar muy estrechamente la de cortesía. Así emplea el primero de estos términos, como es bien sabido, Chrétien de Troyes:

(7) *Medieval Islam*, 2.^a ed. Chicago, 1954; cap. VII, IV, pp. 250 y ss. Todas las citas posteriores de este autor remiten a esta obra y capítulo.

(7 bis) Sobre la interesante significación social histórica de arte fenómeno, ver el excelente estudio de GARCÍA PELAYO, «Las culturas del libro», en *Revista de Occidente*, 1965, núms. 24 y 25.

(8) Ed. de PÉREZ GÓMEZ: *Versiones castellanas del Pseudo Catón*. Valencia, 1964.

*Ce nos ont notre livre apris,
Que Grece ot de chevalerie
Le premier los et de clergie.
Puis vint chevalerie a Rome
Et de la clergie la some,
Qui or est an France venue* (9).

Pero la palabra se extiende en poco tiempo, para designar el saber de todos aquellos que lo poseen, sin que se haga con ella referencia, específicamente, al estado eclesiástico. En el *Poema de Alexandre*, para ponderar la educación adquirida por el Príncipe, se dice:

Fijo eres de rey, as grant clerizia (10).

En la versión catalana del *Facetus* (un texto anónimo de hacia 1360—según Morel-Fatio, que lo publicó), se encuentra una curiosa y muy representativa concepción del saber en el sentido que venimos exponiendo. En relación a esa obra de la Edad Media se conservan dos poemas en latín, uno en hexámetros y otro en dísticos, ambos con el título de *Facetus*, que quiere decir tanto como «curialis» o cortés. Un poeta catalán de la segunda mitad del siglo XIV, según estima Morel-Fatio, tradujo y parafraseó el segundo de ellos, que en gran parte es imitación y comentario de Ovidio—y piénsese que Ovidio era un manual de sabiduría para el hombre de la Edad Media, es decir, bajo capa de fábula, era un compendio de filosofía y teología, del que se estimaba que en el mundo de los paganos venía a ser la obra que se correspondía con los libros bíblicos—. La obra del pseudo-doctor Facet (el traductor catalán cree que el título es nombre de la persona que la compuso) se llama, en nuestra versión, *Fasset*, y catalanizando la forma que Morel-Fatio propone, lo llamaremos *Llibre de Cortesia* (11). Pues bien, se trata de un manual de saber o de cortesía, esto es, de disciplina o ciencia mundana, en todo el sentido o valor que la materia tiene para el hombre de la cultura del Medioevo—todavía Rabalais hace una alusión humorística al *Faceto*—(12).

Esta es la idea básica de un socratismo un tanto ingenuo, muy al modo medieval, que informa el poema:

*Que hom aprena de doctrina
Viur' en lo mon en disciplina.*

(9) Cit. por GILSON en «Humanisme médiéval et Renaissance», en el volumen *Les idées et les lettres*. París, 1932; ver p. 184.

(10) Verso 47, a.; ed. de R. S. WILLIS. Princeton, 1934. Sobre el concepto de clerecía en este poema, ver el artículo del propio WILLIS: *Mester de clerecía. A definition of the Libro de Alexandre*. Romance Philology, X, 1956; pp. 212 y ss.

(11) MOREL-FATIO: «Mélanges de Littérature catalane, III. Le Livre de Courtoisie», en *Romania*, XV, 1886; pp. 192-235.

(12) «Gargantúa», cap. XIV. Ed. de *Les Belles Lettres*. París; vol. I, p. 55.

y de ahí la recomendación general del saber como doctrina de vida que todo joven bien preparado debe seguir, recomendación en la que vemos cómo a ese saber o «clerecía» es equivalente la cortesía o curialidad del *Facetus*:

*T'on fill deus metre en clerecia
Per tal que tenga bona via
E no solament per legir,
Mas que el puixa mils nodrir,
Mentre lo mestre lo castia
Perque no vinga a mala via* (13).

El franco desarrollo de la economía, y consiguientemente de la cultura, y el correlativo proceso de secularización que comienza en la segunda parte de la Edad Media, dan lugar a la transformación de ese saber, clerecía o «adab», en cortesía.

En las *Flores de Filosofía* encontramos esta definición: «Cortesía es suma de todas las bondades, e suma de la cortcsya es que aya omne verguença a Dios e a los omnes e a sy mismo» (14), párrafo que textualmente se repite en *El caballero Zifar*. También se encuentran con frases literalmente iguales, más algunas otras diferentes, en el *Libro de los cien capítulos* (15), pero tanto en las anteriores como en esta última obra se introducen matices que es de interés poner de relieve, porque nos descubren cómo el concepto cristiano medieval de «cortesía» presentaba aspectos que se libraban de esa excesiva formalización y literaturización propias del concepto de «adab», señalados por Grunebaum. «Cortesía, se insiste en el *Libro de los cien capítulos*, es que tema omne a Dios e que faga bien a sus parientes», pero aún se dice más: «Cortesía es que non quiera fazer omne en su poridad lo que non faría en concejo» (16). Ello deja bien en claro que «cortesía», aunque sea un modo de conducta, tiene una fundamental raíz interna. No es, como del «adab» dice Grunebaum, un comportamiento neutro que tanto puede caracterizar al hombre virtuoso como al impío. «Cortesía» reclama una disposición desde dentro, que emana de la misma «puridad» del hombre, de la zona interior de su secreta conciencia, y se proyecta en su conducta social, poniendo ambos planos en conformidad. Por eso el capítulo dedicado al tema en la última compilación mencionada empieza con estas palabras que ya nos son conocidas: «Cortesía es suma de bondades...».

(13) Ed. cit. versos, 113-120.

(14) Ed. de Knust en *Dos obras didácticas y dos leyendas*. Soc. de Bibliófilos Españoles. Madrid, 1878; p. 47.

(15) Ed. cit., cap. XXXI, p. 39.

(16) Ed. cit., p. 44. «La mejor alimosna que el omne puede fazer es que faga bien a sus parientes», ídem íd. Esto nos hace comprender mejor el alcance de la frase que citamos en el texto.

El cuadro aretológico a que se extiende el concepto medieval de cortesía no puede ser más amplio: hospitalidad y generosidad con el prójimo, lealtad y fidelidad, bondad y piedad, dulzura, liberalidad y largueza, alegría en el trato y, coronando todo este conjunto de virtudes, la mesura. Este cuadro ha sido estudiado por H. Dupin (17), en relación exclusivamente con fuentes francesas—de poetas, moralistas e historiadores—; pero un estudio de las fuentes españolas, dependientes en esto, como en todo lo demás, de la cultura francesa y europea, daría los mismos resultados (18). Pues bien, dado el carácter intelectualista e ingenuamente socrático que la virtud tiene para el cristiano de la Edad Media, esa suma de bondad es un saber, un «enseñamiento» que comprende todo el saber para la vida, incluido el de una parte tan importante de ésta como es el amor—también el amor entra en el campo del «adab»—, objeto de una ciencia—de una ciencia ovidinana—, como cualquier otro aspecto del comportamiento social. Cortesía es una concepción moral de las relaciones con los demás, una doctrina o disciplina de vida, como diríase en el *Facetus*, en la que se funden Ovidio y Aristóteles con el sentimiento cristiano—interiorizado y espiritualizado por obra de los cistercienses y de otros movimientos de espiritualidad—. El P. Gorce llamó a ese contenido doctrinal «escolástica cortés», expresión que fué recogida y aplicada sistemáticamente por el P. Paré al estudio del *Roman de la Rose* (19). Esa «scolastique courtoise» es una concepción del mundo y de la vida, según la cual se comporta el hombre enseñado, que la Edad Media tiene como paradigma. Por eso, en *El caballero Zifar* se aproximan los términos en tan estrecha relación como muestra este pasaje: «creed que cortés nin bien acostumbrado nin de buena creencia non puede ome ser, sy non fuese omildoso» (20). Es el resultado de ese «enseñamiento» que el anónimo escolar de la *Razón feita de amor* nos confiesa que en sus viajes ha procurado adquirir, al modo como entonces se dice que viajan los sabios para encontrar el depósito en que se guarda la doctrina:

*Moró mucho en Lombardia
por aprender cortesía (21).*

(17) *La courtoisie au Moyen Age*. París, 1931.

(18) Tómese como ejemplo este pasaje del *Caballero Zifar*: «el cortés teme a Dios e el cortés non quiere fazer en su poridat lo que non faria en consejo. Cortesía es que non haga ome todas las cosas de que ha sabor. Cortesía es que se trabaje ome en buscar bien a los omes, quanto podiere. Cortesía es tenerse ome por abondado de lo que toviere; ca el aver es vida de la cortesía e de la limpieça..., etc.», p. 295.

(19) *Le Roman de la Rose et la Scolastique courtoise*. París, Ottawa, 1941.

(20) Ed. cit., *loc. cit.*

(21) Ed. de MENÉNDEZ PIDAL, en *Revue Hispanique*, XII, 1905, versos 9 y 10.

«Cortesía—dirá por su parte la ya citada *Glosa castellana*— es nobleza de buenas costumbres, ca así como la justicia de la ley manda cumplir la ley toda, así la cortesía manda fazer toda nobleza de costumbres». En tal sentido, el hombre «en cuanto face por buenas costumbres, es cortés e ensennado» (22).

La misma *Glosa* advierte que los oficiales de los señores son los más obligados a cortesía. Tienen que guardar los estados que les han sido confiados «en cortesía e ensennamiento por onrra de la manera en que fueron criados». ¿Por qué?: por la razón obvia de que es el saber propio de la corte en que se han educado. Ciertamente, hubo en plena Edad Media quienes protestaron de una equiparación como la que venía a enunciar ese concepto de cortesía. Los filósofos se levantan contra los cortesanos o curiales en el *Policraticus sive de nugis curialium et vestigiis philosophorum*, de Juan de Salisbury, y también el goliárdico y maldiciente Walter Map escribió contra los cortesanos o representantes del saber cortés (23). Sin embargo, lo cierto es que el conjunto de creencias en las que se apoya una verdadera doctrina de determinismo social, vigente en las conciencias del Medievo, según la cual en el alto linaje y grandes riquezas está guardado el tesoro de la virtud y del saber—en tanto que saber moral para la vida en sociedad—, se impuso con carácter general (24). Para poetas, cronistas, moralistas, políticos, la corte o residencia de los señores es el lugar en donde se forma moral y doctrinalmente mejor todo hombre que a ella asiste. Tengamos en cuenta, contra lo que a veces parece darse por supuesto, que de cortés y cortesía no hablan sólo los poetas, ni son éstos los que han creado tales conceptos, sino los moralistas, lo que denuncia ya el fondo doctrinal que en aquéllos se da (25). Se tipifican en los «espejos» de moral al serles aplicados aquellos términos a todos cuantos han sido enseñados—«castigados» o «avisados»— por la asimilación de una doctrina moral cuyo más alto ejemplo se ofrece en la corte real. «Acucioso debe ser el Rey en aprender los saberes», dice Alfonso X (Partida II, título V, ley 16), y los que viven junto a él gozan de ese cultivo esmerado que en ninguna parte se da más altamente.

(22) Ed. cit., vol. II, p. 322.

(23) Sobre algunas manifestaciones semejantes que revelan un criterio también peyorativo en la literatura española, incluso de más avanzada época, desde el *Rimado de Palacio* al *Menosprecio de corte y alabanza de aldea*, ver M. MORREALE: *Castiglione y Boscón, el ideal cortesano en el Renacimiento español*. Madrid, 1959; vol. I, pp. 115 y ss.

(24) Si bien en ese sentido la equiparación de nobleza y cortesía es medieval, hay que reconocer que pasa, como un caso más de herencia medievalizante, al Renacimiento. Ver A. VALLONE: *Cortesía e nobiltà nel Rinascimento*. Asti, 1955.

(25) El aspecto literario de la cuestión ha sido estudiado exhaustivamente por BEZZOLA, en los sucesivos volúmenes de su obra *Les origines et la formation de la littérature courtoise en Occident*. París, 1944, etc.

«Cortés, según la definición de la mencionada *Glosa*, quiere decir omme que fué criado en corte e noblemente» (25 bis). De ahí que los hijos de los distinguidos se críen en la corte real, según un concepto de crianza, que tanto atañe al cuerpo como al alma. La corte es el lugar del más depurado saber de la vida, de la cortesía, del «adab»—también el «adab», según Grunebaum, tiene ese lado cortesano—. Por eso, resumiendo este modo de ver, Pérez de Guzmán escribirá:

*Fijos de hombres rústicos o serviles
vi venir ninyos a las cortes reales,
e conversando con gentes curiales,
ser avisados, discretos, sotiles* (26).

Con lo que tenemos afirmado una vez más que los curiales o cortes—los que habitan en la corte—poseen sapiencia, discreción y sutileza.

Es cierto que por esas mismas fechas, al tiempo que se desarrolló un nuevo concepto de ciencia y de saber, se produjo un fenómeno de trivialización de la voz «cortesía» que la aproximaba al significado moderno del término, como en las dos menciones que de esa voz hace el *Pseudo Catón*, o como cuando en el *Libro de Buen Amor* el Arcipreste de Hita dice: «Escúcheme, señora, la vuestra cortesía» (27), o también en los versos con que Santillana se dirige a una dama:

*Por bondad o fidalguia
o por sola humanidad
vos plega mi libertad
o por gentil cortesia* (28).

La palabra cortés pasó, en tales casos, de tener un sentido moral profundo a quedar reducida a un sentido social externo, en una evolución inversa a la que sufrió la voz «villano», según ha observado Dupin (29). A esta progresiva banalización del sentido se corresponde el fenómeno lingüístico de que cada vez más, a partir del siglo xv, las voces «cortés» y «cortesía» van siendo reemplazadas por «cortesano» y «cortesanía». Pero no menos cierto es también que todavía una obra tan

(25 bis) Ed. cit., II, p. 329. El dato es anterior a los que recoge M. MORREALE.

(26) *Cancionero castellano del siglo XV*, recopilado por FOULCHIÉ. Delbosch, NBAE, t. I, p. 605.

(27) «Libro de Buen Amor», ed. CSJADOR, en *Clás. Castellanos*, Versos 670-a y 948-a.

(28) «Canc. cast. siglo XV», I, 561. Este proceso de trivialización continúa y los ejemplos cunden hasta convertirse en el uso normal; entre otros, ARGOTE, en *Discurso sobre la poesía castellana* (ed. de Tiscornia, p. 34); V. ESPINEL, en *Marcos de Obregón* (Clás. cast., II, p. 67), etc.

(29) *Ob. cit.*, p. 15.

renacentista como *El Cortesano*, de Castiglione, está basada en ese conjunto de ideas que permitían entender la cortesía como un saber elevado y estimable como ningún otro (30). También *El Galateo*, de Gracián Dantisco, y *El Cortesano*, de Luis Milán, pequeño volumen éste bien anodino, responden a la misma línea de pensamiento (31).

No rompe, pues, con la continuidad medievalizante del Renacimiento Alonso de Barros cuando a fines del siglo xvi publica sus *Proverbios morales*, colección de máximas en malos versos que presenta como «Philosophia cortesana moralizada» (32), a pesar de que en ese libro no es la vida palaciega—o algo muy aproximado a ella, como hoy entenderíamos—la materia de su enseñanza cortés o curial (33). Ni tiene por qué asombrarnos que en Gracián subsistan tópicos análogos. Según él, en el aspecto del saber, la corte es superior: «Allí ay más cultura» (34). En Roma, quien da lecciones de saber moral a los peregrinos personajes de la más ilustre fábula gracianesca es «el cortesano» (35). En el *Oráculo manual* se nos dirá que «es la cortesía la principal parte de la cultura» (36). Y de nuevo, en *El Criticón* señalemos que la obra entera se presenta, en cuanto es una investigación moral sobre el curso de la vida humana, como una «filosofía cortesana» (37). Todavía en autores como Vico se pueden encontrar ecos de una doctrina sapiencial semejante de la conducta de la vida (38).

Hasta tal punto predomina en ello el concepto de un saber, significativo de un modo tradicional de concebir la conducta sabia, que en los términos cortés o curial desaparece muchas veces la fundamental referencia social o topográfica de corte o curia, pero no tanto la alusión personal a alguien enseñado o entendido. De esto recogí algunos datos en mi artículo que antes he recordado. Añadiré ahora el

(30) Ver MARGARITA MORREALE: *Ob. cit.*, vol. I, pp. 109 y ss.

(31) La primera se publica en Madrid, 1598; la segunda, en Valencia, 1561.

(32) Publicado en Madrid, 1587. Se tradujo al italiano por ADIMARI. Florencia, 1622.

(33) En 1617 se reedita en Lisboa, con las concordancias reunidas por el maestro XIMÉNEZ PATÓN: en página par van los proverbios de Barros, y enfrente, en la página impar, las correspondientes frases de autores clásicos.

(34) *El criticón*, ed. de ROMERA-NAVARRO, Univ. of Pensilvania, 1938; t. I, p. 263. La voz «cultura» en GRACIÁN toma en ocasiones un sentido que se aproxima al moderno.

(35) Ver en *El criticón* los tres últimos capítulos de la tercera parte.

(36) Ed. de ROMERA-NAVARRO. Madrid, 1954; p. 231.

(37) Ed. cit., vol. I, p. 97. ROMERA-NAVARRO comentaba: «filosofía de avisado y discreto conocedor del mundo, o filosofía mundana, es lo que quiere decir y lo que encaja perfectamente en el carácter de la obra»—esto es aceptable siempre y cuando por tal filosofía sobre el mundo entendamos un saber moral capaz de obrar prácticamente según la virtud—. La tesis medieval que ya hemos visto de que la cortesía encierra todas las virtudes está en la base de esa filosofía «cortés» de Gracián, sólo que en él lo nuevo se halla sobre todo en la dirección que en su pensamiento toma la doctrina de las virtudes.

(38) Ver. E. GRASSI: «L'origine des sciences de l'esprit dans l'Humanisme», en *Pensée humaniste et tradition chrétienne*. París; p. 117.

pasaje del *Guzmán de Alfarache*, en el que el pícaro dice de otro personaje: «para que como tan curial en aquella ciudad, me fuera enseñando las cosas curiosas della» (39)—curial es, por tanto, un buen conocedor que hace un gentil empleo, un buen empleo, de sus conocimientos.

Lo que nos interesa es comprobar, a través de estas notas, la subsistencia, en este modo de entender la cortesía como saber, de una concepción tradicional y estática, propia de un estadio no evolucionado de la cultura y no menos de un nivel no especializado de la ciencia. Concepción que por ese mismo carácter suyo está emparentada con la noción árabe del «adab», supervivencia de algo que en la Edad Media sería común a cristianos e islámicos. Grunebaum ha escrito este diagnóstico de lo que tal idea significó entre los árabes: «El adab avivó el sentido de observación y la perspicacia de los hombres. Fijó el estilo de la vida social en la gran época del Islam y determinó la forma bajo la cual había de imponerse a los distinguidos. No era en sí mismo un concepto productivo. De hecho llegó a ser la principal vía de ese predominio de lo literario en todo el pensamiento, que marca el final de la contribución del Islam medieval al progreso de la humanidad. Pero, a pesar de esa esterilidad potencial que comparte con todos los conceptos característicamente formales, embelleció lo que era trivial, ennoblecó lo rudo y grosero en la vida de su tiempo. Representó una aspiración humanista, más que una tendencia de especialización, elevando al hombre de letras al nivel de los tipos ideales. Verdad es que perdió muy pronto la fuerza de estimular la capacidad de creación. Pero, en fin de cuentas, el «adab» logró ser el modo idóneo de expresión de una sociedad fatigada y decadente, pero todavía civilizada».

Su correlativa, pero nunca exactamente equivalente, concepción cristiano-medieval será paulatinamente eliminada en el ámbito europeo por las modernas maneras de considerar la función del conocimiento. No desapareció de golpe, y el propio Grunebaum observa que la sociedad europea del siglo XVIII, y en especial la sociedad francesa ilustrada, empleaba vulgarmente un concepto de saber que no estaba muy lejos del que exhibía el brillante «udabá» de Bagdad. Tal vez no llegue a desaparecer del todo en ciertas manifestaciones arcaizantes o superficiales de la sociedad moderna. Pero, en cualquier caso, el europeo medieval, al mirar por detrás de los aspectos externos de la «cortesía», como un comportamiento social, y buscar su fondo ético, esto es, su

(39) Ed. de GILI GAYA, en *Clásicos Castellanos*, t. III, p. 237; ver también I, p. 123.

condición necesaria de conducta sabia y virtuosa, reconoció una interna tensión en el concepto único en que fundió ambos lados de la cuestión, concepto expresado con la también única palabra de «cortesía»—o sus equivalentes. Y, en consecuencia, también aquí parecen observarse esas diferencias que sobre lo semejante separan las dos grandes culturas medicinales.

José Antonio Maravall
Isaac Peral, 3
Residencia de Profesores
MADRID